

## Mapas de la memoria

**Elide PITTARELLO**

Università Ca'Foscari di Venezia

[pittarel@unive.it](mailto:pittarel@unive.it)

La poesía de Pablo García Baena ofrece la oportunidad de volver a pensar en qué modo categorías como la evolución y la renovación han caído en desuso<sup>1</sup>. Sus primeras colecciones poéticas –*Rumor oculto* (1946) y *Mientras cantan los pájaros* (1948)– pueden encuadrarse en un decadentismo inocente. Frondas verdeantes y mármoles en ruinas enmarcan la melancolía tenue del joven que se percata de la existencia. Pero ya con *Antiguo muchacho* (1950) se hace más auténtica la conciencia del tiempo que les es concedido a los vivientes, como lo demuestran las complejas figuraciones del poema homónimo. Arpas, velos, coronas flotantes en el agua y pétalos de rosa remiten al modernismo de los países de habla hispana, de origen parnasiano y simbolista. Pero también hay paradojas surrealistas («revivo la pálida mirada de los espejos»), magdalenas proustianas («bandejas con membrillos cocidos») y un malestar infantil como reminiscencia del edén perdido: «Decidme dónde tengo aquel niño con el cuello sujeto de bufandas / y la enorme mosca negra de la fiebre aleteando en mis sienes, / y en torno de mi lecho, Sandokán con la

<sup>1</sup> Este texto es la traducción de un fragmento de «Prima che finisca il tempo», introducción a la antología *Rumore occulto. Poesie 1946-2006*, editada por Elide Pittarello y con las traducciones de Alessandro Mistrorigo (Bagno a Ripoli – Florencia: Passigli, 2017).

perla roja en su turbante / y Aramis perfumado de unción episcopal, / y Robinsón bajo el verde loro balanceante de los bambúes».

De esta manera, el sentir trastorna el saber. La capacidad de asombro convierte la percepción en experiencia estética, la transforma en acontecimiento que se configura a partir de la enciclopedia que maneja. La de Pablo García Baena es hedonista y doctísima. Con los anacronismos propios del recuerdo que presiona para convertirse en lenguaje, el *eros* actúa sobre el *ethos*, el sentimiento sobre la cultura, el pasado sobre el presente. Prueba de ello son las colecciones *Junio* (1957) y *Óleo* (1958), donde cada imagen es actual por el impulso de un deseo que es vértigo pero también fracaso, carnalidad pero también fantasía y recuerdo de páginas, música, cine. Por ejemplo, así comienza «Palacio del cinematógrafo»: «Impares. Fila 13. Butaca 3. Te espero como siempre. / Tú sabes que estoy aquí. Te espero». En la oscuridad de la sala, la puesta en escena de la trepidante cita amorosa coloniza la trama del *western* proyectado en la pantalla. Entre indios y vaqueros flanqueados por Walter Scott y el Rey Midas, estas visiones mágicas anticipan la estética pop de poetas como Manuel Vázquez Montalbán y Leopoldo María Panero o la arqueología cultural de Pere Gimferrer y Guillermo Carnero, los poetas Novísimos que constituyen el último movimiento cohesionador de la historia literaria española. Se debe también a la admiración que estos le manifestaron si Pablo García Baena se animó a retomar la escritura después de un larguísimo silencio.

Igualado el desfase, rápidamente las doctrinas se desvanecen. La colección *Antes que el tiempo acabe* (1978) está ahora en sintonía con la poesía postmoderna de la transición democrática. Cuando aparece *Fieles guirnaldas fugitivas* (1990), el preciosismo anunciado no desentona entre los viejos y nuevos estilos que todo el mundo practica en ausencia de modelos y normas autorizadas. *Los campos Elíseos* (2006) es el último libro publicado hasta ahora, pero otros textos recogen la tercera edición de su *Poesía Completa (1940-2008)* que confirma que para Pablo García Baena no hay tensión entre lo local y lo universal. También hay ocasión para la poesía en Londres y Roma, París y Lisboa, Nueva York y el Monte Athos. Liberado por igual de los márgenes y el centro, este autor es cosmopolita por cuidar las cosas bellas del cosmos, empezando por su Córdoba, donde acuñó el arte de trascender las jerarquías dondequiera que estén y de dondequiera que provengan. Simbólicamente, atiende a todo lo que lo conmueve: la obra de arte, el objeto cotidiano, el mobiliario eclesiástico, el idilio de la naturaleza, el resto arqueológico, la vista urbana. Gestos que apuntan a la relación con el otro: el amado, el familiar, el amigo. Cada vez que responde a la llamada de la belleza no es por un placer sin propósito, como Kant

quería, sino por una atracción del bien que adiestra a la vida, que encierra en sí misma la finitud. El repertorio no es absoluto, ni la dinámica es obvia. Si la belleza está en los ojos del que mira, su presencia en el mundo está aquí encarnada por un artista que tiene un cuerpo, unos gustos refinados, la vocación de hacer una poesía que encanta pero no siempre serena. Ya sea «la higuera de olor dulce» («Tormenta en León») o un «en el prerrafaelista clarear de la luz» («21 Antrim Road») o un sobrio bodegón de Zurbarán («En el vaso oscuro / un ascua de metal en la bandeja, / plata o estaño»), la armonía de Pablo García Baena es un destino lleno de escollos, a veces incluso maliciosamente irónicos. La amalgama de vocabulario suntuoso y cotidiano, la convergencia de metros cultos y populares, revelan los rasgos tornadizos, los enigmas dejados en suspenso. Es un humanismo que se sabe vulnerable, contemporáneo. Por analogía con lo que ha dicho Arthur Danto en el campo del arte, la literatura también está libre de la tutela de paradigmas normativos que imponían morfologías y valores en nombre de cambios necesarios. Es difícil no contar con la linealidad de los hechos y con la fe en el progreso, pero ya no se puede decir que ninguna creación sea históricamente inapropiada. En España Pablo García Baena es un poeta de referencia. Se le ha hecho justicia, cabría decir. Pero, para que no parezca una simple reparación histórica, no olvidemos que en él la poesía, incluso antes de ser un arte de la palabras, ha sido siempre un recurso para vivir. Nada más lejos de la exquisita fórmula del arte por el arte. De hecho, este es precisamente el rasgo que más lo acerca a las exigencias de las vanguardias históricas. Sin destrucciones. Sin añoranzas.